

## NUEVA POBREZA MEXICANA\*

DESDE LOS AÑOS sesenta un nuevo impulso intelectual empieza a redescubrir aspectos olvidados de un país adormecido por el opio de la modernización. Reaparecen el campo, las creencias religiosas, los marginados urbanos y la pobreza ancestral que nunca nos ha abandonado. Montañó (*Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*, 1976), Lomnitz (*Cómo sobreviven los marginados*, 1978), las ediciones Coplamar-Siglo XXI (*Necesidades esenciales en México, situación actual y perspectivas al año 2000*), Tello y Cordera (*La desigualdad en México*, 1984) son algunos de los autores y obras que replantean la pobreza como uno de los grandes problemas nacionales. Hay un esfuerzo intelectual serio que, sin embargo, no se compara con la dimensión trágica de la miseria ni con las importantes transformaciones en la política social del Estado, urgidos de conocimientos y análisis. En *La pobreza en México*, Moisés González Navarro, uno de los más sólidos y prolíferos historiadores de nuestros días, hace un largo recuento de las políticas hacia los pobres: sus promotores, los debates de sus ideas y las instituciones que pretenden llevarlas a cabo desde el siglo XIX hasta nuestros días.

González Navarro es un historiador singular. En un medio en el que la condición de intelectual es pasajera y la academia una escala en la trayectoria del ascenso, prefirió el oficio simple de investigar. Su libro también es singular. Se empeña en describir paso a paso la sucesión de políticas, hombres e instituciones que pretenden consolar o castigar a la pobreza. A veces, en unos renglones o en un pequeño párrafo, detiene un poco el recuento y resume, intenta la explicación. A gusto de sociólogos o economistas será un

\* Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985, 494 pp. Transcripción de "Libros", *La Jornada*, México, D.F., 10 de agosto de 1985, núm. 30.

tedioso y largo recuento, y en apariencia es verdad; *La pobreza en México* es una obra que documenta y muestra, que cede muy poco a la fascinación de generalizar y explicar para dedicarse a lo suyo, al oficio mismo del historiador: reconstruir lo que pasó, rehacer al pasado hasta llegar a los días cercanos.

*La benevolencia de la Liga de la Decencia*

En la ciudad de México de fines del siglo XIX, dice González Navarro, la desigualdad acentuada pasea por las calles: los ricos transitan con levitas y sombreros de copa, los empleados se distinguen por sus modestas chaquetas y pantalones, los cargadores y vendedores ambulantes traen simples calzones de manta y no son raros los que andan con el torso desnudo. La desigualdad se toca pero también vive separada. Los barrios afrancesados de los ricos con su servidumbre de 10, 20 y hasta 35 miembros, con sus lujos que asombran a la misma emperatriz Carlota, contrastan con los barrios de pobres y sus mendigos que simulan cegueras, cojeras y deformaciones junto a mutilados verdaderos, barrios que además tienen fama de rateros, valientes y parranderos. Hay también barrios de pobres que ejercen algún trabajo: tocineros, veleros, alhauñiles, empedradores de calles, pero que producen “igual horror a las clases altas”.

Hay, en especial, un barrio maldito: la colonia de la Bolsa: “Casas apollilladas o de adobe eran el refugio de meretrices con aspecto de brujas, ancianos siniestros y enfermizos por la crápula. Se les identifica por sus apodos: El Pájaro, La Loba, El Chiflado, La Burra, etcétera; las abundantes pulquerías tenían nombres adecuados a esa nomenclatura, por ejemplo Los diablos en la talega”.

La convivencia entre ricos y pobres es ambigua, se nutre de necesidades y rechazos. Desde esta ambigüedad en el interior de un mismo discurso, a veces manifestada en posiciones contrapuestas en el debate entre las élites, políticos, religiosos, empresarios e intelectuales se preguntan: ¿qué hacemos con los pobres? Este debate es rico en matices que *La pobreza en México* intenta mostrar. Mariano Otero advierte con pesar y desprecio que las mayorías del nuevo país independiente son los “terribles y perniciosos proletarios”.

La caridad religiosa también abunda en contrastes. Mientras los jóvenes pudientes y con sentimientos piadosos del siglo XIX, adscritos a las conferencias de San Vicente, cumplían las obligaciones

de la caridad cristiana vistiendo a un pobre el jueves santo y, después de comer con él en la mesa de la familia, lo acompañaban a las ceremonias religiosas propias de ese día. Vasco de Quiroga, en los primeros años de la Colonia, creyó que los indios estaban hechos de “cera para todo bien” pues despreciaban lo superfluo, maldición de occidente, y dedicó gran parte de su vida a forjar pueblos enteros, donde estableció jornadas de trabajo de seis horas (¡paliudece CTM!), dos años obligados para atender tareas campestres, destierro de la ociosidad, desprecio de oro y del lujo y distribución de los frutos del esfuerzo común “conforme a las necesidades de los vecinos”.

En la historia de las sociedades regidas por la desigualdad, primero se crea a los pobres y después los asilos, los hospicios y los hospitales. Don Hernán Cortés conquistó primero a los indios y después fundó el Hospital de Jesús; don Pedro Romero de Terres primero se convirtió en el hombre más rico de su época con la explotación de los mineros de la plata y después creó el Monte de Piedad.

En el libro de González Navarro aparecen algunas perlas de la resistencia popular hacia el cuidado que quiere proporcionar la gente decente —que en no pocos casos lo que intenta es “aplicar” sus valores de decencia—: heroicas huidas de borrachos que a trastabilleos intentan escapar de las redadas, indigentes que prefieren la posible muerte nocturna en invierno a pernoctar en los dormitorios públicos donde al menor descuido matutino los someterán a los rigores del baño, el miedo cervical a los hospitales, con fama bien ganada como antesalas de la muerte y que sólo empieza a desaparecer entre la gente del pueblo hacia 1940, las persecuciones de indios calzados para empantalonarlos en vísperas de ceremonias oficiales o de visitas de dignatarios extranjeros, las dolidas palabras de Jesús, uno de los hijos de Sánchez, porque en lugar de trabajo le ofrecen una taza de café, la indignada manifestación de obreros desempleados veracruzanos que protestan frente al consulado de Estados Unidos en los años de la revolución porque los funcionarios intentan ofrecer comida gratis, mientras que los obreros exigen en sus mantas: ¡No queremos caridad, queremos trabajo!

*Del paternalismo colonial al “pensamiento salvaje”*

Esta diversidad de contrastes apuntados en el libro parecen distinguir dos corrientes ideológicas que, a su vez, discuten en tres

épocas distintas. Por un lado fluye el discurso de la desigualdad entendida de modo laico como naturaleza de la condición humana. La pobreza, entonces, es un hecho que escapa a la responsabilidad social de individuos y grupos, ajeno al funcionamiento de la sociedad y a su organización para generar riqueza. En el extremo opuesto hay una vertiente amplia y diversa de pensamiento igualitarista, religioso y laico también. La desigualdad es producto de la actividad de los hombres, sea porque olvidan valores cristianos o porque sus relaciones son injustas, jerárquicas y de explotación. Entonces la desigualdad es producto del modo en que funciona un sistema social y por tanto su responsabilidad directa. En el primer caso la desigualdad no se puede resolver, sólo se mitiga, y buscar su alivio ocasional no es obligación; cuando más un acto de desprendimiento, individual y voluntario, que lleva por nombre caridad. En el segundo caso la desigualdad puede resolverse, y es obligación de la sociedad buscar y emprender las soluciones en un acto de reparación, colectivo y obligatorio, cuyo nombre antiguo evoca a la comunidad de los iguales —el comunismo— y cuyo nombre moderno es justicia social.

Este diálogo aparece con distintos matices en tres fases de la vida de la sociedad mexicana. En la Colonia predomina el discurso de la caridad cristiana que se hermana con el paternalismo de la Corona española. A su amparo se fundan hospitales, asilos, escuelas y hospicios que intentan un pequeño alivio al sufrimiento de los indios y de los pobres, el cual, en no poca medida, es provocado por la codicia de los conquistadores. La Iglesia capta algo del excedente de minas y haciendas por donaciones, obras sagradas y capellanías, cuyos recursos permiten crear una infraestructura de la caridad, a la que mucho quitan y poco agregan los liberales del XIX. Esta caridad no erradicó cierta corrupción y descuido en el trato a los pobres.

El largo y difícil tránsito secularizador del siglo XIX carcome al discurso religioso de la caridad y su infraestructura. En su lugar irrumpe un verdadero “pensamiento salvaje”: la ideología del progreso en voz de la economía política y el darwinismo social. La economía política no reconoce otra solidaridad que la que pueda desprender el arrollador y frío paso de los hombres de negocios. El darwinismo social, con Spencer a la cabeza, alega en favor de los más aptos, y considera que hay taras naturales que condenan a la pobreza a las mayorías. Pareto dice que en la escala de la capacidad humana el 10 corresponde a los millonarios, el uno a quienes sólo han conseguido no ir al asilo y el cero a quienes entran en él.

*Pobres con credenciales de la CNOP*

Los liberales mexicanos, con la notoria pero efímera excepción de Ignacio Ramírez, parecen aceptar con fuerza y difundir con celo misionero esta nueva piedad de los laicos. Los pobres son el mayor obstáculo al progreso, pero además, una vez que éste despliegue su benéfico vuelo, serán el resultado necesario y el costo inevitable para que las leyes del mercado se desplieguen y asciendan los más aptos. Serán entonces el detritus que desprende la construcción de una gran obra frente a la cual el Estado no puede ni debe gastar energías para buscar remedios utópicos, cuando más, a los pobres hay que vigilarlos. A regañadientes, los liberales aceptarán la obligación del Estado para con los marginados, pero a la vez fomentarán la participación de ricos piadosos, quienes a despecho del jacobinismo radical de las leyes siguen agrupándose en organismos afines a la Iglesia.

Sin embargo, como un rasgo nuevo producto de la secularización, aparecen las “distinguidas damas”, esposas de funcionarios que, encabezadas por doña Carmelita, la de Díaz, fomentan la creación de Casas Amigas de la Obrera y aprenden esa añeja pasión de la filantropía: que la mano derecha publique todo lo que da la mano izquierda. Pero el tránsito de la secularización no sólo es de ideas, afecta también a la infraestructura de la piedad. Las leyes de Reforma propician que no pocos de los edificios y terrenos recuperados de los intereses eclesiásticos caigan en manos de especuladores urbanos. El Estado moderno busca entonces nuevos recursos para la caridad y orienta las ganancias de la Lotería hacia hospitales, hospicios, asilos, manicomios y escuelas.

La tercera fase se inicia con la Revolución Mexicana. Sin que desaparezcan la piedad católica ni la filantropía de los ricos, que sin embargo ahora se congregan en agrupaciones laicas como los Rotarios o los Leones, y aunque permanezca el pensamiento salvaje del progreso, gana fuerza otra noción de la pobreza típica del siglo xx, la época del Estado de derecho social, del Estado benefactor: la pobreza será una condición de debilidad social provocada por el medio, no congénita al hombre. El Estado reconoce la obligación de cuidar, curar y preparar para el trabajo a los débiles sociales y, por tanto, por primera vez en la historia de la piedad, se acepta que el indigente tiene derecho de exigir asistencia. La pobreza adquiere derechos. En el Estado aparecen las direcciones de salud, de abasto, las secretarías de asistencia social, las Conasupo. Los pobres con trabajo llegarán al reino del Seguro Social, los po-

bres sin empleo al reino de la salubridad y la asistencia. La pobreza se organiza, los ciegos forman uniones y las afilian a la CNOP del PRI, e incluso se llegan a proponer uniones de mendigos y de marías.

El viejo dilema de qué hacer con los pobres adquiere perfiles insospechados: el seguro y la asistencia social crean una formidable infraestructura con todo y sus insuficiencias, los pobres con credencial de pobres de la CNOP, del Seguro o de la SSA son utilizados como "base de masas" del Estado, la corrupción prospera con contratos de equipos médicos, medicinas, tráfico de alimentos y otras lindezas. A pesar de ello, aumenta la esperanza de vida de la población, desaparecen algunas enfermedades y epidemias, se ensayan cooperativas, con Coplamar se inicia una descentralización fundamental de los servicios de la salud y de las tiendas de abasto, se abren caminos, llega el agua potable.

Sin embargo, la pobreza no desaparece; al contrario, la geografía de la miseria se extiende por el país y sus ciudades. En el debate sobre los pobres no se oyen aún las voces de los necesitados. Impera en estas ideas un tono muy parecido al de la fábula milenaria de la cigarra y la hormiga. Hormigas cultas y satisfechas debaten sobre esa cigarra indolente y necia que se empeña en cantar en vísperas del invierno. Pero pueden surgir sorpresas, como que en las zonas marginadas, en las barriadas de Santa Fe o de Ecatepec, la gente se ponga a pensar: ¿qué hacemos con los ricos?

Carlos SAN JUAN VICTORIA